

que fuese mayor y más palpable el milagro de su resurrección, después de cuatro días de sepultura; era preciso que la persecución sobreviniese, para que la verdad apareciese triunfadora: y que el nuncio fuese tratado (como lo fué Jesús, tu Hijo) de engañador y de hechicero, para que creciese su mérito y no faltase en ésta tu obra el crisol de la tribulación que la hiciese más luciente.

Mas aquellos dudaban, porque nada habían visto; el Prelado vacilaba por prudencia, y sus ministros juzgaban mal, engañados por las apariencias. Pero lo más triste es que ahora los creyentes se entibien, y tus devotos se desalienten. ¡Piedad! ¡Piedad para todos, Virgen de Guadalupe! Haz que nos hagamos más fervientes en

nuestras oraciones y más frecuentes en nuestras visitas, para que mientras tantos sacian sus ojos con las vanidades que el mundo ofrece, nosotros no nos cansemos de ver tu Imagen embelesadora que fué el encanto de nuestros padres, y es hoy la más dulce esperanza de sus hijos. Amén.

*Récese muy devotamente el Ave maris stella.*

#### Sexto día

Al día siguiente caminaba el neófito con diligencia, á fin de llevar al enfermo, que se agravaba, los dulces auxilios que la religión para aquellos momentos proporciona. Y temiendo que la tardanza perjudicase á su intento, huyé con candidez del sitio de la cita antecedente,

y descende por otro sendero menos alto. Mas ¡oh bondad la tuya, Madre mía! como la gracia de tu Hijo persigue al hombre en los senderos más escondidos, así tú, con maternal constancia, occurs al encuentro de Juan, no lejos de una fuente, y explicada la causa de su tardanza, que le preocupaba, le dices que no tema el riesgo del enfermo; que ya estaba sano, y que volviese á cumplir lo que le habías mandado. Mas como él pidiese las señas que le acreditasen, le mandas subir á la cumbre del monte, y que, cortando las flores que allí encontrara, las recoja y las traiga á tu presencia. Y el monte, obediente á la insinuación de su Reina, las produce al punto mismo en abundancia, y las manos cogen

cuantas puede abarcar la tilma en que las lleva; y las rosas estaban frescas y olorosas y con rocío; y cogiéndolas tú, Señora, con las manos, las bendices y mandas á Juan las lleve como señales, sin mostrarlas á nadie en el camino. Mas entonces, Madre mía, los ángeles formaban los perfiles de tu virginal figura, bosquejados sobre la tilma desplegada, por los primeros rayos del sol que asomaba en el oriente, y cobijaba tus espaldas, dejándote con ellos revestida; entonces trazaban esos colores de una dulzura indefinible, que ni el pincel humano pudo jamás igualar, ni el tiempo, devorador de las cosas, destruir. Allí quedó trazada esta celeste Imagen, sin que obstase la rudeza del ayate para impedir la

pintura, ni su falta de preparación para fijarla, ni su rareza y transparencia para perfeccionarla, ni su frágil costura para perpetuarla.

Mas ¡oh Virgen de Guadalupe! ¿Qué simbolizan las flores que haces brotar en medio de áridos peñascos, sino las virtudes que cada día haces germinar en los corazones de tus hijos? Y ¿qué indica el hacerlas florecer en el sitio de tus apariciones, en las cumbres y no en el collado, sino que las virtudes florecen más copiosamente en las almas que tú visitas, y en las que desprendidas de la tierra tienen siempre sus aspiraciones levantadas hacia el cielo? ¿Y para qué miran tus ojos, y tus manos palpitan aquellas rosas que con su jugo imprimirán tu Imagen,

sino para advertirnos que las virtudes hermoseedas con tu contacto, serán más frescas y más suaves, y que protegidas por Cristo, rocío de los cielos, irán labrando é imprimiendo tu semejanza y la suya en nuestras almas? ¿Y para qué mandas recatarlas de todas las miradas, sino para advertirnos del secreto con que debemos conservar los favores recibidos? ¿Y por qué eliges para esa grande obra la madrugada, sino para que entendamos que esa es la más bella hora de cada día, y que en ella debemos hablar con Dios y con su santa Madre? Haz, pues, Señora, que no nos cansemos de estudiar ésta tu historia, tan llena de amor como fecunda en enseñanzas; haz que los ojos de tantos ciegos se abran á los

plácidos rayos de tí, aurora de los cielos; para que impresa en el corazón tu virginal figura, podamos un día contemplar en los cielos á aquella cuya Imagen nos encantaba aquí en la tierra. Amén.

*Récese devotamente el Ave maris stella.*

**Séptimo día**

Apenas prometes á Juan en la montaña la salud del enfermo, cuando te presentas á éste, que escucha ¡oh Virgen! tu voz melodiosa, y le muestras tu voluntad de que un templo se edifique, en el mismo sitio que al otro Juan manifestaras, y que tu Imagen se llamase Santa María de Guadalupe. La salud completa de aquel hombre, da bastante testimo-

nio de tu bondad de Madre, y de la realidad de tu visita; así quisiste premiar la ardiente fe de aquellos neófitos, y recompensar los pasos dados en tu honor y servicio. Mas ¿qué quiere decir ese nombre con que gustas llamarte? Si aún en nuestra lengua significa agua de la fuente, como manifestando que eres una fuente purísima cuyas límpidas aguas son las gracias que redundando de tí, refrigeran y purifican: ¿cuáles serán sus sentidos en el pintoresco dialecto en que te dignaste hacerlo oír la vez primera! Muy bien puede indicar «la que tuvo origen en la cumbre de las peñas», nombre que recuerda las palabras que de tí canta la Iglesia, tomándolas de un salmo misterioso: «los cimientos de la ciudad de Dios

están colocados sobre las altas montañas», y nombre que recordaría perpetuamente tus apariciones sobre la cumbre del Tepeyac, juntando así la alteza de tu ser inmaculado, con la dignación de tus visitas á la bajeza de nuestro suelo. O más bien puede significar el nombre de Guadalupe que adoptaste: «la que ahuyentó á los que nos devoraban», puesto que á tu venida desaparecieron las supersticiones idólatricas, y fueron ahuyentados los demonios, lobos feroces que devoraban á millones las almas, atormentando también no pocas veces á los cuerpos. ¡Oh Virgen de Guadalupe! Hediondas manchas afean hoy á tu pueblo querido: sé tú la fuente de aguas claras adonde venga á purificar su alma conta-

minada! sé tú la que apareciendo á nuestros ojos radiante de luz, en la cumbre de la montaña, desbarates las nieblas, y confundas tú sólo, una vez más, á la herejía! Los leones rugientes del infierno devoran las almas; sé tú, Señora, la que ahuyentes muy lejos á estas bestias devoradoras, que con astucia de raposas devastan y asolan las viñas del Señor! ¡Que ese tu místico nombre de Guadalupe, tan grato á este pueblo que te ama, endulce nuestras penas, embalsame nuestra alma y purifique el ambiente emponzoñado! ¡Que tu Imagen, ocupe por todas partes un lugar preferente en nuestros templos y en las paredes de nuestras moradas! ¡Que tu historia sea referida por las madres á sus hijos, y

por los hijos de nuestro suelo á los extraños! Y que tu amor inflame nuestros corazones en tanto que nuestros ojos te contemplan y nuestros labios besen en el cielo tus plantas virginales. Amén.

*Récese devotamente el Ave maris stella.*

**Octavo día**

Ya había llegado el mensajero, ¡oh Virgen santa!, á la casa del Prelado; ya había esperado mucho tiempo, y había tenido que recatar las rosas que llevaba, cuando al fin, introducido á la presencia del Obispo, relata su mensaje, y añadiendo que lleva las señales pedidas, despliega el ayate y deja caer las flores que en él guarda. Pero ¡oh prodigio inau-

dito! ¡oh maravilla que registran encantados los sentidos! En la tosca tela del neófito, una pintura celestial se presenta ante el Prelado. Eres tú, la Reina de los ángeles y de los hombres; eres tú, Madre de Dios y Madre mía, la que te dejas ver allí, semejante á la visión del Apocalipsis: el sol te viste de pies á cabeza, bordan tu manto las estrellas, y pisas la luna con tus plantas, y un querubín con las alas extendidas te sostiene. El traje de las nobles hijas de nuestro suelo te viste, y su agraciado color tiñe tu rostro de angelical modestia. Las flores de los campos parecen haber cedido sus colores para pintar tu vestidura, y las más bellas mariposas el oro de sus alas para dorar tu túnica. ¡Oh Madre, Madre,

dulce Madre mía! ¡Qué bella y qué graciosa apareces así, á las miradas de los que te aman! ¡Con razón de los ojos del Prelado brotan, al contemplarte, ardientes lágrimas de agradecimiento y de ternura! ¡Con razón al comparecer ante tí se endulzan nuestras penas, y se obtienen fuerzas para sufrir las persecuciones. Vuelve hoy, pues, á nosotros esos tus ojos misericordiosos. María de Guadalupe, penetra con ellos en el seno de nuestras ciudades y en lo más íntimo de nuestras entrañas, y límpialo todo, alúmbralo y purifícalo todo con tu aspecto. Muévante á compasión tantos hijos ingratos y culpables; á todos mira, Virgen misericordiosa, para que tus entrañas se muevan á clemencia; acuérdate, oh Virgen

fiel, de tu promesa, de mostrarte Madre de misericordia en todas nuestras necesidades; muévete á protegernos entre tantos peligros, Virgen poderosa, ampáranos en la vida, acompáñanos benigna á la hora de la muerte, y regocijamos con tu dulce presencia en la eternidad. Amén.

*Récese el Ave maris stella.*

#### Ultimo día

¡Con cuánto amor y agradecimiento fué acogida tu portentosa Imagen, Madre mía de Guadalupe!, hasta que, colocada en el templo principal fué autorizada de este modo; pues la Iglesia no alimenta la piedad de sus hijos con la ficción ni la mentira. Desde entonces resiste al embate de to-

dos los elementos destructores; ni el polvo la deslustra; ni los rayos del sol la decoloran, ni el aire cargado de vapores corrosivos la destruye; ni el contacto de millares de objetos la descomponen: inmóvil, radiante en el trono que la fe de nuestros padres le erigiera, ve pasar los siglos tras los siglos, siempre pronta para recibirnos y escuchar nuestras quejas. Si alguna vez deja la montaña de su elección para penetrar en la ciudad inundada, no es sino para facilitar el acceso á sus hijos, ó para calmar la horrible peste que destruye su raza tan querida; mas trascurrido el peligro, vuelve majestuosa á instalarse en su templo para recibir allí las plegarias de todos, y mostrarse su Madre verdadera. ¡Oh Madre mía, tesoro

de mi corazón y encanto de mi alma! ¿Cómo te alabaré, Virgen de Guadalupe, y con qué nuevos acentos cantaré tus maravillas? ¿Qué palabras tan tiernas encontraré en el humano lenguaje que puedan mostrarte el amor de mi corazón para contigo? ¡Virgen mía! ¡Madre mía! morena tórtola de nuestros altos montes; azulada paloma del Tepeyac, tierna belidad de encanto soberano, que á México cautivas y enamoras; clara fuente de mansísimas aguas, á cuyas márgenes acuden las almas sedientas en busca de salud y de limpieza; estrella esplendorosa matutina, que en la cumbre de las montañas apareciste un día para ahuyentar la negra noche de los errores; rosa mística de celeste fragancia, que te abriste

en nuestro suelo para embalsamarle por siempre con tu aroma; iris radiante de limpiísimos colores que te levantas entre el cielo y la tierra para alentar la esperanza del hombre y recordar al Señor sus promesas de paz! ¡Virgen de Guadalupe, Dios te salve! Mi corazón es tuyo, mis ojos no quisieran retirarse nunca de esa Imagen que siempre los recrea sin saciarlos jamás. ¡Piedad, piedad de tu pueblo, Madre mía! Que los errores se disipen: que los ángeles de las tinieblas huyan amedrentados al infierno, que los herejes se rindan á la luz de la fe, que los católicos reaviven su celo. Que el nombre del Señor sea santificado en todas partes, y que tu culto se aumente á porfía entre nosotros, para que purificada nues-

tra vida y asegurando nuestro camino, juntos nos alegremos al ver á Jesucristo, allá en el cielo. Amén.

## VISITA

*A la Virgen María de Guadalupe, en su templo ó delante de su Imagen, para rogar por la nación mexicana.*

- V. Señor, abrirás mis labios.
- R. Y mi boca anunciará tu alabanza.
- V. Dios mío, entiende en mi ayuda.
- R. Apresúrate, Señor, á socorrerme.
- V. Gloria al Padre, etc.

### Sentimientos de contrición

Dulce Jesús, salvador de las almas, que entre las invenciones de tu amor para con los hombres has querido poner á María, tu dulce Madre, para que atraiga con irresistible hechizo á los pecadores, á fin de que, cautivados por ella, pasen á tus manos, y se arrepientan